

**UNIVERSIDAD VS. ACADEMIA: LA
ESENCIA DEL QUEHACER
UNIVERSITARIO
UNIVERSITY VERSUS ACADEMY: THE ESSENCE
OF THE UNIVERSITY ACTIVITY**

Alejandro Bayer Tamayo*

Palabras clave: Academia, Universidad, Conocimiento, Ciencia.

Keywords: Academy, University, Knowledge, Science

Abstract

The Platonic Academy, of which the current university institution feels very proud, -- with the pride inherent to a high-origin glory --, was endowed with a spirit that is currently foreign to most of its immensurable offspring. A number of promoters, authorities, directives, faculty staff and students, lost nowadays in the marvelously globalized confusion, not only ignore the existence and nature of Academy, but also understand it as an impossibility for our times, refuse it as a foreign entity for the interests of "majorities" and label it with pejorative "idealism" or simple they ignore it as its presence does not mean anything to them. When they do not scorn them – in an elegant, flowery, "wise" and erudite manner – they critique the possibility of truth, the very existence of knowledge, the

*Titulado en Derecho por la Universidad de Caldas
Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra (Pamplona, España)
Actualmente profesor de Teoría General del Estado en el programa de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, y del curso libre de Cine de la Universidad Autónoma de Manizales.

Ha sido profesor de la Universidad de Antioquia, la Universidad de Caldas, la Escuela de Ingeniería de Antioquia, varias instituciones de educación secundaria, invitado como expositor de la Universidad de los Andes y profesor de la Universidad de la Sabana. Ensayista. Traductor. Autor de www.novalectio.com



hope that feeds searches that do not aim at material rewards, prestige, position, power... This happens when the constellation of meanings about knowledge disinterest ad its contemplative end invade their minds, when the untiring prosecution of knowledge that only aims at comprehension – and maybe at beauty – of the Academy object, and when maybe they are dazzled by a grandeur they cannot understand and which turns out to be a novelty (university life appears to be very diverse).

The author is concerned with the need of loyalty to that teacher and with the search of those ideals that became foundations of the Western Hemisphere, maybe as a remedy to a diffuse, concrete and progressively corrosive malaise. He is also convinced that the betrayal to that noble origin results in misunderstandings, frustrations, lack of hope and degradations in the "current university market."

Resumen

La Academia platónica, de cuyo nombre se ufana la actual institución universitaria —con el orgullo propio de la gloria de un alto origen—, tenía un espíritu que resulta hoy del todo ajeno a la mayor parte de su incontable descendencia. Perdidos hoy en la maravillosamente globalizada confusión, una gran cantidad de promotores, autoridades, directivos, administradores, profesores y alumnos no solo ignoran tanto la existencia como la naturaleza de la Academia, sino que, cuando llega a sus mentes aquella constelación de significados del desinterés del saber, de su fin contemplativo, de la prosecución infatigable del conocimiento que solo atiende a la comprensión —y quizás a la belleza— de su objeto, deslumbrados quizás por una grandeza que no pueden comprender y que para ellos resulta del todo novedosa (tan diversa se les presenta la vida universitaria) la entienden como imposible para nuestros tiempos, la rechazan como ajena a los intereses de las "mayorías", la etiquetan con el despectivo "idealista" o simplemente pasan de largo como ante una presencia que no les dice nada; cuando no ocurre que le tiran



piedras —elegantes, floridas, “sabias”, eruditas— con críticas a la posibilidad de la verdad, a la existencia misma del conocimiento, a la esperanza que alienta toda búsqueda que no tenga por recompensa un tesoro material, prestigio, posición, poder..

El autor plantea la necesidad de la fidelidad a aquel maestro, y la búsqueda de aquellos ideales que fueron fundacionales de Occidente, quizás como remedio de un malestar difuso, patente y crecientemente corrosivo, convencido de que es la traición a tan noble origen la causante de malentendidos, desaciertos, frustraciones, desesperanzas y envilecimientos en el actual “mercado del saber universitario”.

El reducido mundo de la Academia de Platón, aquel maestro griego presente a lo largo de toda la historia de Occidente, parece estar rodeado del misterio de las grandes cosas. Toda investigación que pretende averiguar con exactitud en qué consistía la educación que impartía en esa “escuela” resulta inconclusiva. No me refiero sólo a su diseño, a su programa, a lo que podríamos llamar el pensum, sino a la labor que él mismo llevaba a cabo en los espacios de Atenas en que reunía a aquellos que —como el maestro— buscaban sabiduría. Podría precisarse la idea diciendo que resulta enigmático el sentido en que Platón era un maestro. Algo que parece poder asegurarse —gracias a trabajos como los de Harold Cherniss—¹ es que no se parecen a Platón nuestros maestros (¿lo son en algún sentido?), la gran mayoría de los profesores universitarios o de enseñanza media, todos esos miles de personas que se dedican a la labor vital de transmitir ciertos saberes de modo sistemático e institucionalizado.

Toda la argumentación de Cherniss tiene como fin probar que Platón no tenía una doctrina no escrita que hubiera transmitido a los alumnos de la academia. Probándolo —en contra de quienes han elucubrado acerca de las conferencias y las clases de Platón— ilumina aspectos del método del maestro: exhortaciones a los jóvenes estudiantes a practicar la formulación de definiciones precisas, aliento en el duro camino del aprendizaje, proposición de temas de estudio,

1. Cherniss, Harold. El enigma de la primera Academia. Traducción de Susana Marín Delgado. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1993.



discusiones con unos y otros, exposición en la conversación de sus propios puntos de vista...² Su papel se podría comprender afirmando que era

...un pensador individual cuyo discernimiento y habilidad para la formulación de un problema le permiten ofrecer consejos generales y críticas metódicas a otros pensadores individuales que respetan su sabiduría y tal vez se vean dominados por su personalidad, pero que se consideran por lo menos tan competentes como lo consideran a él al abordar los detalles de temas especiales.³

Según las prolijas explicaciones de Cherniss y sus conclusiones sobre el tema que le ocupa —la naturaleza de la primera Academia— Platón estaba más interesado en adiestrar los espíritus en un modo de mirar el mundo que en transmitir un conjunto de saberes. Los saberes que allí se “enseñaban”, o mejor, en los que se adiestraba a los alumnos no eran fines en sí mismos, sino medios ordenados a fines más altos. Así ocurría con las matemáticas y su método. Éstos preparaban la mente para la abstracción, el proceso mental por el cual se llega a lo verdaderamente real: las ideas⁴. Según Cherniss, en la Academia “cualquier estudio que obligue a la mente a contemplar el Ser es adecuado y cualquier cosa que la haga volver su atención hacia el Convertirse no lo es”.⁵

Pero lo que aquí interesa es el mundo de la academia —aquel pequeño lugar de Atenas en el que se dio inicio a nuestra visión del mundo de la educación— y lo que en su interior ocurría. ¿Qué hacían quienes asistían a la Academia? De todo esto se siguen asuntos bien importantes. De que allí se enseñaban matemáticas no cabe duda, y con el propósito al que alude Cherniss. Con el paso del tiempo estos estudios adquirieron tal proporción que Aristóteles, quien pasó en esa escuela muchos años, se quejó de la “matematización” de la Academia, como quien lamenta la infidelidad a ciertos principios que se consideran fundacionales.⁶ Lo cual puede ser una prueba más de que el fin inicialmente propuesto con las matemáticas no era saber desarrollar problemas en ese campo y que se había perdido de vista

- 2 .Cfr. Ibidem p. 75.
 3. Cfr. Ibidem p. 76.
 4. Cfr. Ibidem p. 78.
 5. Cfr. Ibidem pp. 78 -79.
 6. Cfr. Ibidem pp. 80.



el original sentido impartido por Platón a los estudios: desarrollar las destrezas necesarias que permitieran al educando comprender realidades más profundas, discutir acerca de problemas que atañen a cualquier saber (incluso las matemáticas), adquirir cierta habilidad gracias a la cual la mente estuviera en capacidad de formular preguntas y de pensar soluciones en órdenes diversos de la existencia humana. Por lo que podemos saber de las ideas de Platón sobre esta materia a partir de sus diálogos es que todo saber particular, o mejor, la destreza que se podía conseguir en el ejercicio de adquirir un saber determinado era ella misma la recta disposición para el ejercicio de la dialéctica. Las matemáticas en concreto eran un buen camino porque ejercitaban en la abstracción, indispensable para la dialéctica.

Pero la dialéctica, en tanto ejercicio de la mente, es una acción que se ordena a un fin determinado, un recurso gracias al cual puede llegarse a un estado más perfecto, a conseguir un bien mayor, quizás el mayor bien. Por eso tampoco podía ser el fin último de la existencia de la academia. Si ésta se proponía formar ciudadanos al servicio de la polis, hombres que llegaran a la sabiduría a la que todos están llamados para así complacer a los dioses, los fines intermedios "pasaban" por el hombre mismo. Platón procuraba conducir a los alumnos a la contemplación de las ideas, al conocimiento de lo real, a que dirigieran la mirada sobre lo inteligible en cuanto tal; se proponía lograr que aquellos que lo desearan pudieran mirar el mundo del modo más penetrante que se le concede al hombre. Y la dialéctica era el camino hacia el verdadero saber, hacia la última ciencia: la contemplación (theoria) del Ser, de las cosas eternas, de los objetos propios del alma, aquellos para los cuales fue creada, sus pares, los seres que no cambian y de los cuales todo lo que conocemos con nuestros sentidos son copias, seres que participan de su ser. En resumen: Platón quería sacar a los hombres de la caverna, convertir en seres libres a los esclavos que estaban en ella, y su proyecto educativo —que se llamó academia— era un conjunto de medios destinado a esa liberadora tarea.



En cierto sentido Platón quería que todos ejercieran como filósofos, que se dedicaran a la observación, a la contemplación del mundo. Que fuera cual fuera su saber, su arte, su actividad, amaran verdaderamente la sabiduría y se dirigieran a ella. Nadie quedaba excluido, de nadie se desconocía la capacidad humana de llegar a la contemplación o *theoria* (que no tenía ningún objeto como propio que la limitara). La dialéctica platónica versa sobre el ser, sobre todo cuanto la mente humana puede conocer, sobre todo lo que sea objeto de discurso, sobre lo que es o puede considerar la mente humana desde su ser. ¿Qué límite cabe pensar?⁷

Afirmar que la dialéctica era un medio no significa menosprecio hacia ella sino conocimiento cabal de su papel. Para Platón era importante, y mucho. Por eso respecto a ella cualquier estudio —pero sobre todo los que se llevaban a cabo en la Academia— era propedéutico, esto es, preparatorio. Basta pensar en el hecho de que su ejercicio podía comenzarse tan solo cuando el estudiante había llegado a los treinta años y tras haber pasado, satisfactoriamente, pruebas muy estrictas.⁸

Los dos aspectos más interesantes de todo este asunto son, primero, que todo el quehacer académico —todo lo que en los jardines de Academos se hacía bajo la dirección de Platón— estaba encaminado hacia la dialéctica y, segundo, que ésta era considerada el ejercicio propio del filósofo, del teórico; de allí se puede comprender hasta qué punto la Academia tenía como fin la teoría, el modo filosófico de conocer el mundo. No quiero negar con esto que su misión pueda haber sido, en primer lugar, el culto a las musas, ni que las ciencias particulares fueran subestimadas. El culto a los dioses estaría en estrecha relación con la búsqueda de lo eterno que se pudiera conocer, y el conocimiento de las realidades particulares tendría su razón de ser en orden a la verdad última de las cosas, a la contemplación de las Ideas (pues, en la visión de Platón, de los seres particulares no hay ciencia verdadera, conocimiento real, si no está presente la tendencia al último fin de todo saber).

7. Ver Bréhier, Emile. *Historia de la filosofía*, Editorial Tecnos, Madrid, 1988, pp. 96 y ss. ; Ferrater Mora, José. *Diccionario de Filosofía*, voces "Platón", "Dialéctica", "Teoría", "Academia platónica"; Pieper, Josef. *El ocio y la vida intelectual*, principalmente el segundo capítulo: "¿Qué significa filosofar?". Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1983, quinta edición.

8. Cfr. Cherniss, Op.Cit., p. 81.



El mundo académico, pues, es un mundo filosófico por definición, y la filosofía, según podemos colegir, era tenida por Platón en altísima estima; de hecho la reservaba a personas maduras capaces de un arduo estudio, lo cual manifiesta su veneración amorosa hacia ella. Platón afirmaba que “la filosofía (...) no debe, tal cual es ahora, tratarse como a la noviecilla de los jóvenes que parrandean por ahí y luego la botan para dedicarse a una respetable vida hogareña y de negocios”.⁹ Los primeros cinco años de dedicación al ejercicio de la dialéctica se empleaban en esfuerzos de abstracción; tan solo después de los cincuenta años de edad los iniciados ipodían dedicarse a la filosofía más elevada!¹⁰ Esta postura es tan seria en su exigencia que ofrece a Cherniss una prueba más para refutar a sus adversarios: “Ni conferencias, ni cursos, ni seminarios sobre la teoría de las ideas; sino la misma respuesta que implica el plan de la República: primero más estudios preliminares, ejercitar la mente y cultivar el carácter; la metafísica es para quienes tienen madurez!”¹¹

Academia platónica y universidad

Que todavía —después de los resultados que Cherniss presentó de sus investigaciones en 1942 y de una amplia literatura acerca de la Academia— haya quienes piensen que aquella Academia era como una de nuestras universidades es un motivo de perplejidad, entre otras cosas por la poca seriedad que se evidencia en ciertos estudiosos.¹² Se podrían acumular muchas pruebas más que mostraran fehacientemente que la Academia no tiene sino similitudes externas con el sistema educativo predominante en occidente. Más aún: el espíritu de Occidente —debiendo en buena medida a Platón lo que es, con lo que se alimenta, aquello de lo cual vive e incluso de lo que se enorgullece— es un vástago ilegítimo del espíritu con el que Platón fundó su academia.

Las evidencias externas respecto a la naturaleza de la Academia en la época de Platón son extremadamente escasas, tanto así que el profesor Jaeger logra aseverar sin arriesgarse, contradiciendo el punto de vista alemán

9. Ibidem, p. 81.
 10. Ibidem.
 11. Ibidem, p. 82.
 12. He encontrado muchas afirmaciones en el sentido discutido. Todavía hay “estudiosos” de la historia de la filosofía que ven en la primera Academia una universidad antigua, la primera universidad. No niego algo de la verdad de tal idea, pero no acepto el sentido en que ellos lo afirman. Ya mostraré el sentido en que eso se puede afirmar con plena verdad. Y evito al lector el fastidio de la acumulación de citas de las que bien podría reírse. Lo remito al libro de Cherniss y, si aún tiene interés, a darse un paseo por los diccionarios filosóficos y los libros de historia de la filosofía: lea allí lo que se dice de la Academia platónica.



anterior, que las universidades modernas no pueden buscar su precedente en Platón. Argumenta que la concepción que tenía Platón de la realidad era incompatible con la noción de una unificación sistemática de todas las ciencias aún más incompatible con una organización enciclopédica de todas las materias con fines educativos y de investigación. En resumen, Jaeger considera justificado inferir la naturaleza de la Academia de la actitud filosófica de los diálogos platónicos; y es a partir de estos diálogos y de las interpretaciones filosóficas de Aristóteles de donde también Howald extrae su conclusión extrema de que la Academia era un culto místico y no una escuela en el sentido en que utilizamos actualmente este término.¹³

Que nuestro término "Academia" proviene del muy fortuito nombre con que se designó la escuela de Platón no permite discusión,¹⁴ incluso observando las grandes diferencias de sentido que tal término permite: lugares en que se imparten clases de ballet, escuelas de modelaje, escuelas técnicas profesionales, el conglomerado de benefactores del cine y de otras artes, organizaciones de enseñanza de conducción de vehículos, etc. No se niega que algo de común haya en esas realidades, pero es evidente que no guardan similitud con aquella creación Platónica. Entre todas ellas, las actuales universidades son aquellas instituciones que con más orgullo histórico y con más ingenuidad ignorante se cobijan bajo el título de academia, no oficial sino simbólicamente. Se habla de la "vida académica" o de "lo académico" como aquella forma institucionalizada en la que ciertas personas se dedican al saber y a su transmisión. "Es en la academia en donde puede llevarse a cabo esa labor" o "mi mundo es el de la academia" son expresiones que refieren a aquel sentido. Es difícil no percibir en ese uso algo amplio y vago, desvaído respecto al original, aunque tal uso esté respaldado por la autoridad de siglos y de la de muchos que la han hecho valer en sus vidas ilustradas.

La causa "psicológica" de nuestra asociación indebida, de esa que nos hace pensar que la escuela de Platón fue la primera organización

13. Cherniss, Op. Cit. p. 73

14. Acerca de lo fortuito del nombre coinciden los diversos autores. El término «Academia» proviene del héroe griego —Academos— recordado y honrado en el bosque en cuyas cercanías se instaló Platón. Ese es el primer uso que conocemos de esa palabra y el hecho de que la organización educativa que allí montó el filósofo sea el origen histórico de todas las instituciones educativas de carácter superior en Occidente goza de una evidencia similar a la que tiene el hecho de que gran parte de las instituciones y el espíritu de nuestro sistema jurídico provienen del sistema y espíritu romanos.



universitaria (tal y como existe hoy ese tipo de institución) es algo fácilmente comprensible: nos encontramos en un medio en el que el término tiene tal sentido, y luego —sin mediar mala fe, pero sí ignorancia— asignamos ese sentido a la Academia original.

No está solo Cherniss en esta visión del asunto. Para Josef Pieper¹⁵ también está claro que la Academia de Platón no era como una universidad actual. Este pensador sabe mostrar en qué sentido nuestra visión del saber, de la educación, de las posibilidades de reunión y de transmisión de los saberes, etc. es heredera de la que llevó a Platón a fundar y mantener la academia en aquel bosquecillo en el que honraba a las Musas. Lo que podríamos llamar el espíritu universitario, o incluso académico, tiene su origen en esa organización de Platón, en aquellos esfuerzos dirigidos a reunir a quienes buscaban el saber con el fin de facilitarles su hallazgo. Pero aunque sea en algo heredero, el sentido que para nosotros tiene la educación institucionalizada de carácter superior es muy diverso del que tenía originalmente. De algún modo nuestro uso del término “academia” es fraudulento.

El carácter teórico del verdadero saber

Como hemos dicho, el saber pretendido por Platón era aquél que condujera a la felicidad de la contemplación de lo eterno fuera cual fuera el camino seguido y cual fuera el saber que se buscara; la condición existencial para que el estudio quedara cobijado por el adjetivo de académico, como relativo a la organización de Platón, era que se encauzara de modo teórico. Aunque posteriormente se ha considerado que la teoría corresponde por excelencia a la filosofía (si pensamos en ella como una ciencia entre otras), en la escuela platónica todo saber era teórico porque tenía el carácter de filosófico, es decir, de conducente a las verdades eternas enraizadas y manifestadas en las cosas. Allí todo era *philosophia*. De allí que no hubiera en tal visión ningún desprecio por la ciencia; más bien lo contrario: en ésta se descubría un valor más alto al que tiene hoy en día en la medida en que con ella se pretendía lograr la sabiduría. La

15. Ver Pieper, Josef, “Lo académico, el funcionario y el sofista”, traducción de Lucio García Ortega, recogido en *El ocio y la vida intelectual*. Ediciones Rialp, Madrid, 1983.



ciencia así conseguida era mucho más, o mejor, cosa diversa de la erudición, de la posesión de cierta información gracias a la cual quien la tiene consigue prestigio, poder, posición, autoridad, el dominio o el control del mundo. El fin último de toda investigación no era otro que el núcleo esencial del ser que se investigaba, su verdad.

Por eso Platón veía una profunda perversión —una especie de blasfemia o desacato contra el carácter sagrado del mundo— en ese deseo de saber que no brota del asombro sino del afán de conquista, en esa búsqueda del conocer ordenado con exclusividad al hacer, ajeno al amor por el saber en sí mismo. En la visión platónica está presente el juicio del saber en sí mismo como algo valioso para el hombre junto a la afirmación de la *theoria* o contemplación amorosa de la realidad como una nota sin igual de la dignidad de nuestro ser. De allí que Platón viera cierta traición contra el hombre en la mediatización de los saberes. Según la visión que nos legó aquel gran maestro un saber no teórico no es saber: será voluntad de poder, esnobismo, fatuidad...; en todo caso será fuente de mal para el hombre, perversión de su naturaleza, corrupción de lo que en nuestra tradición se ha llamado verdad.

Pero el punto es este: un modo de adquirir y de legar el saber que no sea teórico no es académico; “una formación no fundamentada en la filosofía, no conformada filosóficamente, no puede ser correctamente llamada académica: el estudio no determinado por un filosofar no es académico”.¹⁶ No está presente en esta visión de las cosas —ni siquiera implícitamente— que el saber práctico sea ilegítimo; se comprende más bien que desde antiguo —incluso desde antes de aquéllos a quienes debemos la existencia de lo que llamamos universidad (entendiendo ese origen en el sentido dicho)— se ha creído que no se puede llamar ni primero, ni superior, ni más honroso para el hombre el saber que se pretende para la acción; que ese saber que no conduce a la verdad en sí misma como a su fin propio no procede de la contemplación (a la cual dirigía Platón a quienes buscaban su ayuda) ni conduce a la contemplación; y que ese no es un saber verdadero, es decir, una captación de la esencia del mundo, una

16. Pieper, Op. Cit. p. 179. Para aclarar brevemente el sentido de lo que se quiere decir baste recordar que el saber teórico o filosófico tiene como fin la posesión de la verdad en sí misma, sin otro fin que ella, mientras que el saber práctico busca la verdad de algo para “aplicarla”, para transformarla en acción.



mirada sobre lo eterno.

De la actual universidad

No se requiere mucha sagacidad para concluir de lo anterior que al llamar academia a la institución en que se busca el saber como medio para el obrar, se desconocen aquellas profundas realidades a las que atendía Platón; cosa que ocurre hoy de modo casi universal. Una actitud tal merece el calificativo de sofística si se asume conscientemente, o de ignorante cuando se adopta de un modo inconsciente.

No quiero discutir si Platón tendría algo que decir contra nosotros. Bien podemos organizar nuestras vidas y nuestro mundo como se nos venga en gana, según lo que nos parezca mejor, y no hemos de pedir autorizaciones a difuntos para hacerlo. Por otro lado, tal vez Platón, además de respetar nuestro punto de vista, no objetaría nada. Pero el problema no es de mero conservadurismo, pues en la universidad hay algo más que un mero deseo de organización, algo más que administración de recursos, mucho más que mera inversión y encauzamiento de energías humanas; en ella y en lo que en ella ocurre está en juego el futuro sano de la sociedad, la satisfacción de la necesidad social de contar con quienes dedican su vida a esa posibilidad humana de buscar desinteresadamente el saber, la misma salud mental de una comunidad que sufre males endémicos que han de ser comprendidos tan profundamente como sea posible para lograr conjurarlos eficazmente. No contar con una tal institución es una carencia mortal en un mundo que se ha organizado al modo occidental; pero afirmar que la actual "academia" pueda ofrecer la satisfacción de tales necesidades es una postura mendaz con la cual se engañan a sí mismos los que de ella viven, y con la cual se engaña a quien todavía cree poder encontrar en ella aquel lugar en el cual ordenar el propio ser mediante la reflexión y la mirada atenta al mundo.

Y quizás hay algo más importante "en juego". No se puede



desconocer —con un acto de escepticismo propio de los más prestigiosos vocingleros del pensamiento— que el móvil de quien pretende ser universitario sea la felicidad personal: con el acto de la inscripción —todo “primíparo” lo tiene fresco en su memoria— se pone en juego buena parte del futuro propio que la persona puede más o menos encauzar según su voluntad. Es sin duda alguna un bien —ordenado a un bien posterior, en últimas al sumo bien que se desea para sí mismo— lo que se busca al hacer esa inscripción. ¿Satisface la actual universidad siquiera uno de los profundos anhelos del corazón de quienes acuden a ella?

He ahí nuestro dilema. Parece como si no supiéramos, o no lo quisiéramos tener presente, lo que tenemos entre manos. A lo largo de nuestra historia, y por causas múltiples y complejas, el sentido de lo académico —y, con ello, de lo que es una universidad— se ha perdido de nuestro panorama; que el problema venga de lejos salva de buena parte de responsabilidad a aquéllos de quienes hoy depende el mundo universitario, pues este estado de cosas se recibe como una más de tantas tradiciones, y no resulta fácil para muchos examinar a fondo el legado del que se es receptor. Lo que sí sabemos con toda seguridad es que para quienes legislan sobre la universidad, para la gran mayoría de los “usuarios”, para sus administradores y para el gran común de los miembros de la sociedad, la universidad no es el templo del saber: no es nada más que el campo de entrenamiento del personal que necesita el mundo del capital, el lugar de preparación para lograr una subsistencia a la medida de nuestras naturales o artificiales necesidades. Ese que fue un lugar de contemplación ha llegado a ser, con mucho de soporte artificial, una institución necesaria para el sistema económico total de nuestra sociedad, lo que viene a significar que ha dejado de ser lugar de búsqueda de la verdad para convertirse en una más de las partes de la cadena de producción del engranaje social.

No creo que alguien pueda señalar al sujeto responsable de que la universidad haya degenerado en productora de productores, en fábrica de “factor humano” o de “mano de obra” más o menos



cualificada. No parece que lo sean aquellos pocos que, por vocación al saber, han perpetuado los pequeños restos de la tradición transmitida por los antiguos. Aunque incluso entre ellos mismos se encuentre parte de los responsables de este orden de cosas, pues muchos de entre ellos han ensalzado la vida práctica como la más alta que se pueda vivir, han conjugado la acción como lo más grande y digno del hombre, han estimado el dominio sobre la naturaleza como el fin del ser humano, han visto el poder humano como la nota característica de la relación del hombre con el mundo.¹⁷ Si a la gran influencia que han tenido en la cultura quienes así han pensado se suman todas las transformaciones socioeconómicas que han conducido a la sociedad humana hasta el punto del que somos protagonistas, no resulta nada extraño que la sociedad demande cierto tipo de personas que deben ser adiestradas en los ya existentes centros de formación, personas diseñadas de tal o cual específica manera según los “perfiles” pensados en los centros de producción. La sociedad en su conjunto, y sus manos ejecutoras en la organización que nos ocupa, no puede desconocer su responsabilidad en tal estado de cosas.

Es precisamente ese mundo velado —pero reconocido— de los intereses y de los móviles antiacadémicos (que tienen como fines el hacer y las realizaciones prácticas) el que se nos muestra como incompatible con algo que Platón consideraba sagrado, necesitado de la protección de los dioses, sujeto al amparo de las deidades a quienes se les rogaba por tal cometido. La actual institución universitaria parece una gran pantomima que se mantiene a flote gracias a nuestra gran ignorancia, aunque quizás esté corrompida por ese antiguo sofista que anida en muchos llamados pensadores y, por supuesto, por la visión utilitarista y pragmática de los tecnócratas, de los funcionarios, de los administradores. Parece claro que el saber dirigido a la acción como a su fin propio, que la filosofía que pretende transformar el mundo y no conocerlo amorosamente, que ese tipo de saber perseguido en la llamada modernidad y que rige casi sin excepciones en nuestra extraviada universidad son resultado de cierta traición o menosprecio de la

17. Pieper, Op. Cit., p. 180.



tradición occidental —griega, judía y cristiana—. Es uno de los muchos lastimosos frutos (¿podridos?) del deseo humano de posesión y dominio, el típico resultado de la “madurez” del hombre que busca ser amo y señor de todo lo creado, del hombre irrespetuoso del carácter sagrado propio del mundo, del ser humano ajeno a —y desdeñoso de, por no decir agresivo contra— el misterio que envuelve al ser. Y como esto tiene que ver con nuestra más profunda naturaleza aventuraría la opinión de que no tendremos universidades que satisfagan nuestros anhelos de verdad y de saber “inútil” mientras no reflexionemos y procuremos enderezar el rumbo equivocado que han tomado. Así como me atrevo a afirmar que nuestra amada “academia” no estará libre de todo cuanto manipulador quiera hacer uso de ella para lograr objetivos mezquinos —ya sean ideológicos, políticos o económicos— mientras no actuemos con cierta valentía para salvar su carácter original, su espíritu más genuino.

El problema: nuestra comprensión del hombre. Algunas soluciones.

La cura tiene que ir a la raíz. No podemos seguir llamando universidad, pretendiendo que sea el lugar de transmisión de los saberes alcanzados por el hombre, a una institución en que se intenta impartir, de un modo unitario, un conjunto fragmentado y disímil de conocimientos especializados cuyo estudio aparentemente ordenado sólo logra, de un modo muy eficaz, el alejamiento paulatino y certero de los espíritus de aquel saber universal por ellos anhelado; ese saber con el cual podrían instalarse adecuadamente en el mundo y existir alegremente en plena correspondencia con los personales deseos de orden y de comprensión. El modo en que se imparte el saber en nuestras universidades no conduce a quien acude a ella a aquel espacio interior ordenado desde el cual se pueda regir el propio destino de un modo digno, acorde con la propia naturaleza. Si nuestra institución se ha desgastado, como a mí me lo parece, la solución debe encontrarse en una revitalización de su sentido y en un re-encauzamiento de nuestros esfuerzos según ese sentido. Platón, al



pretender organizar la república, piensa en el hombre como en el fin de ella. ¿No corresponderá este desorden en el interior de la universidad con ese otro, más general, que ha esclavizado al hombre al servicio de las cosas por él creadas, a las instituciones, a la técnica, a todo el conjunto de mecanismos que, según se supone, fueron diseñados para servir al hombre?

Se hace urgente en el mundo en el que estamos llevando a cabo nuestra existencia desvelar este terrible engaño en el que vive el mundo de la universidad, que sin duda no es el de la academia. Es preciso examinar si no es un discurso sofístico el que ha logrado pervertir nuestra tradición haciendo irreconocible e inalcanzable lo que aún se pretende que sea el objetivo de las instituciones del saber. Tal vez venían desde la antigua Grecia, junto con el nombre, muchas más cosas de las que nos atrevemos a reconocer, y ese modo encogido de enfrentarnos con el mundo nos protege de cierta cobardía ante las altísimas exigencias que nuestro legado nos plantea. Platón, o el viejo Sócrates, con su poderosa ironía, tendrían en nuestra ingenua y autosuficiente y positivista organización algo más que motivos de risa: un contrincante duro de roer, un empecinado ignorante envuelto en una presunta capa de rey que no es más que la de un paupérrimo mendigo, un sofista que no quiere serlo y que niega que lo es y cuyo discurso fue comprado o tomado en préstamo voluntariamente en cualquier reunión en la que se conseguían empleos perpetuos y de prestigio o, más benévolamente, adquirido de ese modo tan involuntario y tan automático como se adquieren bienes vitales como el lenguaje mismo.

Este lamentable estado puede percibirse con toda facilidad, como de un modo paradigmático, en la actitud de la gran mayoría de los estudiantes universitarios o de quienes aspiran a serlo. Lo que pretenden conseguir en ella —ia la que ven como una necesidad vital !— es algo bien distinto de adquirir el saber que anhelan, de encauzar la sana curiosidad que el espíritu individual experimenta ante los diversos aspectos del mundo. No buscan ninguna sabiduría, un saber que, por sí mismo, les dé siquiera al menos un poco de esa felicidad

18. Pieper, Op. Cit., pp. 229 y ss.



que se haya en la contemplación.¹⁸ Lo que persiguen no es otra cosa que adquirir las destrezas necesarias para poder ocupar un puesto en el mundo del trabajo, en prepararse para la competencia a la que la sociedad los somete, en un "poder hacer" para el cual requieren educación (a esto se ha reducido este antiguo y noble concepto) : trabajar en tal empresa, ocupar tal tipo de cargo, curar, "manejar" tal tipo de negocios. Han llegado muchos a sólo desear el saber hacer algo, no a saber. ¿Por qué no habría de ser así si eso es cuanto ofrece una universidad ? De allí nace esa horrible sospecha contra todo aquel que quiera estudiar una determinada carrera por el mero gusto de estudiar o de conocer, lo cual, afortunadamente, sigue ocurriendo en nuestro montaje de producción de empleados; a menos que esa tal disposición personal lo dirija a una de aquellas carreras que tienen "prestigio", ingresos más o menos seguros o "salida profesional" es casi seguro que encontrará una muy cierta incompreensión, cuando no el juicio de tonto, ingenuo, loco, irresponsable, incapaz ! ; o el estigma de hombre perfectamente inepto para algo "serio". Y es peor aún si el personaje no quiere ir a una universidad, sino aprender algún oficio, estudiar por su cuenta, ser aprendiz de algún arte no enseñado en ella.

Ante tal confusión, quien parece ser la razón de ser de la universidad se ve en la tesitura de tener que acomodar sus personales ideales y ambiciones al modelo en que se instala. Quienes esperan encontrar en la universidad, ahora con toda ingenuidad, esa organización que pueda satisfacer el deseo —muchas veces no reconocido— de mirar el mundo en su totalidad para poder hacerse cargo de él, aun en toda la provisionalidad que nos corresponde, no encuentran sino lo que ese conjunto de fuerzas puede dar : una multiforme pluralidad de discursos de moda, a la orden del día, ajenos a la búsqueda de la verdad como corresponde a la más pura sofística ; discursos vacíos y con pruritos de intelectualidad que no contienen en sí mismos aquello poderoso y serio que podría saciar adecuadamente el hambre de contemplación que ellos, como todos, albergan. En los espacios de la sofística y de los funcionarios tan sólo parece ofrecerse cierto ambiente que protege a quienes morirían de tedio si no ejercieran el

18. Pieper, Op. Cit., pp. 229 y ss.



oficio de estudiantes, que se vive de un modo tan mezquino y tan falso en consecuencia. Para quienes así se llaman, el "paso" por la universidad resulta indispensable, pues sin él sería difícil situarse en el mundo de la vida, en el mundo "real" (para muchos la universidad no es mundo vital, real, algo perfectamente inserto en el decurso existencial propio) ; del mismo modo resulta indispensable para muchas, pues sin el tiempo en la universidad sería casi imposible lograr un matrimonio a la edad conveniente ; indispensable como un paso ahora casi obligatorio hacia un modo decente de ganarse la vida, o de conseguir el prestigio mínimo para ser considerado una persona capaz.

Que todo esto sea la causa de mucha infelicidad individual me parece incontestable : ¿puede ser feliz quien durante varios años acude obligadamente, por una mala comprensión de su propio destino, a estudiar aquello que no le satisface ?¹⁹ ; ¿puede encontrar su propia vocación aquel o aquella que difícilmente encuentran el conjunto de principios mentales gracias a los cuales podrían ordenar su propio mundo interior ? ; ¿puede estar satisfecho con esta ausencia de maestros alguien que de verdad desee saber, alguien que se encuentra con aquel cúmulo de profesores que se resguardan del mundo en esos espacios en los que hallan cierta seguridad ? ; ¿encuentra la contraprestación esperada a la inversión vital aquel que no es conducido al lugar al que quiere dirigirse ? Me parece difícil negar que la causa de tal estado de cosas está en que la visión reinante (nuestra comprensión de lo que es una universidad) y su consecuente modo de acción son una clara traición contra el hombre mismo y su anhelo de contemplación, contra el deseo natural de lograr una mirada cabal, profunda y seria de la realidad.

No pretendo afirmar con esto que seguir el camino de las ciencias prácticas, aquellas que conducen a la acción y no a la verdad teórica, sea ilegítimo, o que éstas no deban estudiarse en la Universidad ; entre otras razones porque pienso que toda ciencia es camino abierto al conocimiento del mundo, y por tanto un medio idóneo para conseguir el saber de él al que el hombre está llamado ; y porque cada

19. Es tal la confusión a la que están sometidas las nuevas generaciones que casi todo egresado del bachillerato se siente en la obligación de seguir una carrera universitaria, con el añadido tan preocupante de llegar a sentirse frustrado o fracasado si no logra un cupo en las aulas. Me pregunto quién y cómo ha logrado condicionarnos hasta ese punto, consiguiendo el desprestigio de las artes y los oficios, y logrando en definitiva que casi de ningún modo se atienda a lo que es en verdad la vocación profesional, ese llamado personal que no se debe desatender pues es componente esencial en el camino hacia la propia realización.



sociedad debe tener su central de abastecimiento : ahora necesita empleados, como también necesita consumidores, y enfermos, y clientes. Dejando la ironía ; está bien que se forme a quienes se valen de sus recursos para querer sobrevivir, aquellos que heredarán sus riquezas, y mucho más que eso, pues ellos deberán hacerse cargo de la dirección de una sociedad con todo lo que implica una de las nuestras : ese inmenso montaje de los servicios, de las industrias, de la infraestructura... Hacen falta profesionales que puedan mantener en vida una tan compleja sociedad. Por eso se repite con frecuencia que el universitario debe estar atento a las necesidades vitales de esa sociedad y, agrego yo, que no puede tener un espíritu encogido atento sólo a su parcela; debe poder establecer prioridades, conocer la relación de su saber con el de otros, con el mundo en el que está; así como debe conocer las necesidades de ese mundo. Cualquier miembro de la sociedad es irresponsable si no atiende a algo más que a sí mismo, y eso es válido para un estudiante, que no puede impunemente consagrarse a aquello que le gusta sin considerar qué debe hacer por la sociedad que le dio la posibilidad de desempeñarse según eso que ha aprendido.

Pero es algo bien distinto esta responsabilidad a la actual exigencia, propia de la antigua sofística y de los siempre existentes funcionarios, de que la universidad interactúe (uso este verbo con disgusto, con el deseo de que así se reconozca la verdad que afirmo) con el medio, pues detrás de tal solicitud se esconde el utilitarismo antiacadémico y antiuniversitario, la consigna de saber para hacer, el poco oculto móvil de hacer de la universidad el centro de abastos de la sociedad de consumo. De allí se deriva, del modo más consecuente con tales exigencias, los deseos de acortar el tiempo de preparación, el deseo del estudiante de salir lo más pronto posible de ese mal necesario de tener que estudiar para poder sobrevivir. La mediocridad hace presa de un estudiante que vive en tal ambiente de confusión, y si el saber hacer, en la práctica, se adquiere realmente en el ejercicio mismo de ese saber, no es en la theoria ni en el ámbito universitario propiamente tal en donde aquél que se prepara para participar en el mundo del trabajo pueda encontrar lo que de verdad,



aunque con un oculto autoengaño, está buscando. Para satisfacer tal deseo ha de aumentarse, como ocurre, la práctica profesional, en la que el estudiante “descubre” cuánta información recibida le resulta “inútil” en el mundo laboral.

El “universitario”

Cualquiera que sea el modo en que este tema sea considerado nos encontramos con algo que quiere estar presente en el título de este escrito. La universidad tal y como ahora la comprendemos está en contravía de la academia. La universidad parece estar reclamando un replanteamiento severo, de tal modo que la esencia del quehacer universitario nos aparezca de nuevo con claridad y podamos reajustar nuestro hacer a las exigencias de lo académico. Quizás pensando en lo que un universitario está llamado a ser ayude a reordenar las cosas. En algún momento, y ya ha desaparecido tal sentido por esas vitalidades de las lenguas, se entendía por “universitario” a la persona que sabía ampliamente de gran parte de lo que podía saberse gracias a las letras, aquella persona que adquiriría con sus estudios una mirada universal sobre el mundo. Esto era deseable, y los saberes —especialmente los llamados liberales— eran mucho más que un medio para lograr prestigio social, y muchísimo más que una fuente de riqueza. Era un motivo de sano orgullo y de envidia de buena parte de la sociedad allegada a ellas. Aquellos universitarios, independientemente de su estrato económico, eran personas de amplia cultura, de miras amplias, de pensar generoso y casi magnánimo, e incluso eran más capaces para la actividad que nuestros actuales profesionales. Grandes políticos, buenos administradores (que no estudiaban administración), buenos servidores públicos, escritores, señores de la palabra, pensadores de alto vuelo. Personas en las que no había rastro de que se les había dado mucha teoría, o que exigieran más práctica durante sus estudios.

Mas el hecho de que muchos podamos reconocer, en un pasado no muy lejano, a ese tipo de personas, demuestra que una formación



verdaderamente académica y universitaria (universal), integral, profunda, seria, que lleva a mirar el mundo en su conjunto, que intenta profundizar en el porqué último de las cosas, que satisface de ese modo el anhelo espiritual de tantos seres humanos —tal es el saber que debería intentarse en una llamada universidad—, no traería el perjuicio temido de no formar seres útiles a la sociedad. Bastaría comprender las profundas ideas sugeridas y explicadas por Simone Weil en su ensayo “Reflexiones sobre el buen uso de los estudios escolares como medio de cultivar el amor a Dios”,²⁰ o releer las ideas de Newman sobre lo que es una universidad, para entender que una formación dirigida hacia el hombre, hacia las verdades más profundas del ser, hacia la belleza y el misterio del mundo produciría innegables beneficios individuales y sociales, incluido el de hacer de los educandos trabajadores mucho mejores que los que ahora son capaces de producir las fábricas del saber :²¹

“Una vez que el intelecto ha sido debidamente educado y formado para tener una vista o idea apropiada de las cosas, pondrá de manifiesto sus facultades con mayor o menor efecto, de acuerdo con las cualidades y aptitudes particulares del individuo. En el caso de la mayoría de los hombres se manifiesta por el buen sentido, la sobriedad en el pensamiento, el carácter razonable, la ingenuidad, el dominio de sí mismo y la firmeza de opiniones que le caracterizan. En algunos desarrolla el hábito de los negocios, la facultad de influir a sus semejantes y la sagacidad. En otros desarrollará el talento de la especulación filosófica y conducirá a la preeminencia en tal o cual rama intelectual. En todos será una facultad para adentrarse con relativa facilidad en cualquier materia o idea, escogiendo tal o cual ciencia o profesión, para la que posee debidas aptitudes. Todo esto se hará en cierta medida y hasta que la formación mental sea completa y con arreglo a un modelo en parte fiel; pues por lo que se refiere a la eficacia, hasta las opiniones falsas de las cosas tienen mucha mayor influencia e inspiran un mayor respeto que la falta de opiniones”.²²

Así hablaba Newman el siglo pasado. Para él lo deseable era la

20. Ver Weil, Simone. *A la Espera de Dios*, Editorial Trotta, Madrid, 1993. Aclaro que, a pesar del título, y no siendo Weil mujer cristiana sino judía, no hace falta ser creyente para captar la verdad de sus afirmaciones, suficiente y brillantemente fundamentadas.

21. Pieper llega a afirmar que “es probable que la investigación que ha sido privada de los fundamentos de la pura teoría, de su carácter académico, sea estéril”, y que en el momento en que fuera destruido el elemento teórico - práctico, quizás “la investigación no causaría el efecto útil aunque tal efecto fuera intentado final y absolutamente” (vid. Op. Cit., p. 185). Esto se ha de entender en el sentido de que la utilidad buscada no se consigue, aunque se busque, si el saber buscado sólo pretende esa utilidad, si el hombre cierra en sí mismo las posibilidades del misterio, del modo contemplativo de observar el mundo. Está en la misma línea la afirmación de Jean Brun, para quien “un conocimiento y una técnica pueden darnos sólo un poder utilizable en ciertos casos, pero no absolutamente útil”. Vid. Platón y la Academia, p. 57.



formación de las personas, la educación en un sentido integral a partir del cultivo de la inteligencia, pues una vez logrado esto quien así está formado sabe desarrollar lo mejor que tiene de sí de un modo más cabal y beneficioso para la sociedad que si tan sólo ha adquirido lo específico de un saber, por más especializado y sofisticado que éste sea. Por eso lo que aquí sí se discute es que tal transmisión fragmentada de saberes, de todos los posibles y considerados como indispensables bajo criterios ambiguos, deba llevarse a cabo del modo en que ahora se hace en lo que entendemos por universidad; que se considere académico esta manera de transmitirlos, y que la enseñanza de las ciencias, que tanta importancia tienen en la praxis en tanto son saber indispensable del hacer humano, se considere el papel exclusivo del ámbito universitario. Con mayor razón rechazo que ese ámbito deba estar restringido al papel de conservador de la línea de productividad y consumo, pues de hecho no lo puede ser sin traicionar su más alta razón de ser.

De la actual colectiva confusión de ideas no puede salir nada provechoso para el hombre. Sólo si atendemos a la naturaleza de cada cosa podremos apropiarnos de los frutos que cada una está llamada a producir. Los frutos de la actual universidad son algo que muchísimos pensadores en occidente no dejan de lamentar. Nuestra visión del mundo se ha vuelto contra nosotros y buena parte de las causas de la crisis de la cultura, que no logra dirigir la vida humana hacia la plenitud, y que, por el contrario, produce tan grandes malestares, tiene su origen en nuestra comprensión del fin del hombre, del objeto del saber, del papel de los centros en que el saber es transmitido.

La actual universidad es incapaz de ofrecer a sus "clientes" (muchas universidades no parecen sino lucrativos negocios) la visión universal del mundo que sería de esperar ; y de ningún modo se lo propondría como una de sus metas, no sólo por la creciente impotencia humana de abarcar con cierta propiedad los distintos saberes, cada vez más amplios, especializados y alejados entre sí, sino porque hoy la formulación de una tal meta sonaría a pedantería demagógica. Del

22. Cfr. Newman, John Henry. Naturaleza y fin de la educación universitaria. Traducción de Julio Mediavilla. Epesa, Madrid, 1946, prefacio, p. 44.



mismo modo, la universidad actual no puede ofrecer una educación que, independientemente del futuro profesional de los estudiantes, y a través de las ciencias y de las humanidades, otorgue cierto sentido a la vida.²³ En una universidad que es más bien una empresa comercial no se forman ciudadanos de la democracia, no se logra el saber, no se mejora la sociedad, aunque sin ella y sin la poca educación que allí se logra tantas cosas buenas de todos conocidas no podrían lograrse ;²⁴ lo más que en ella se logra es transmitir información, ocupar a la juventud en algo más o menos útil, evitar el tedio que sin tal ocupación se produciría, y fragmentar y destruir la poca visión clara del mundo que en la ignorancia propia de la juventud han logrado quienes a ella se dirigen, y que se corrompe tan pronto se pisa el umbral de la pedantería institucionalizada, de las productoras al servicio del sistema, de estas enormes y pequeñas máquinas de descontento social. En la actual universidad se hace algo poderosamente destructivo, pues a fuerza de pragmatismo, de utilitarismo, de sofisticación en el lenguaje especializado y de orgullo en la ignorancia, se distrae a los hombres de esa búsqueda vital que cada individuo debe emprender, que es la de su propia voz.

Tal vez alguno, con lo ya dicho, no vea aún el mal que de este estado de cosas se sigue, y habría que hacerle ver que lo que es lamentable en cualquier ámbito de la vida es la confusión de las ideas. No se puede tratar bien un computador, ni se aprovecha todo su enorme potencial, si se ignoran aspectos esenciales de lo que él es y de lo que es capaz de hacer. En la universidad contemporánea, por cuanto ignoramos lo que ella es, no se logra el saber deseado y ofrecido. El camino al verdadero saber está cerrado —ni siquiera se cree que pueda lograrse— por cuanto el fin está pervertido. Si se confunden los órdenes de la realidad no es posible conseguir alguno de los bienes que debería “producir” la institución. Tal como funciona, ni se satisfacen los anhelos de teoría que aún albergan algunos estudiantes, ni se configura de verdad al hombre práctico como tal. Darle algo de teoría no lo hace mejor práctico (mejor profesional, mejor hombre, mejor ciudadano), así como darle mucho de práctica al teórico no logra sino impedir el camino de la teoría que él mismo

23. Vid. voz University en la Encyclopaedia Britannica, 1968, vol. 22, p. 765.

24. Me gustaría establecer la distinción entre “terrible” y “maravillosa” eficacia de la universidad. Sin que se sepa muy bien cómo, el trabajo universitario prepara a la persona para trabajar, en general, y es por eso que la eficacia de un trabajador no depende de la exacta correspondencia entre lo que hace y aquello para lo que supuestamente fue preparado. A eso llamo “terrible” porque lo conseguido escapa al saber acerca del proceso que se sigue, porque es una eficacia ignorante, no deliberada. La “maravillosa” sería aquella que, conscientemente, dispone al espíritu en todos los hábitos necesarios para desempeñar una diversidad de tareas, afines o no con el campo del saber en que se es más diestro.



desea. Quienes pretenden impartir el saber se ven obligados, además, a hacer un equilibrio imposible entre la teoría y la práctica, como si un poco de esto y un poco de aquello pudiera corregir un defecto que está en la raíz misma del asunto que nos ocupa.

La esencia del quehacer universitario radica en el esfuerzo por lograr un saber comprensivo, abarcante, y tan amplio como sea posible a cada uno, del mundo en el que vivimos, a partir de la esencia del objeto particular que se desea conocer y del método que el estudio de este objeto exija. Ese esfuerzo es una especie de encauzamiento de diversas fuerzas, pues es diverso el papel del administrador, de aquel del estudiante y, del de profesor, llamado éste último a mostrar todo cuanto él ha logrado comprender de la parcela del mundo que ha amado con preferencia. Ese esfuerzo es serio, noble, grande, arduo, en constante revisión. Esta revisión nada tiene que ver con interacciones con el mundo o con continuos cambios en los programas de estudios. Es un aspecto del esfuerzo mencionado, que primeramente es esfuerzo del intelecto que pretende cada día profundizar en el ser de las cosas, ser siempre abierto y siempre generoso para la mente que desea comprenderlo en sí mismo ; el intelecto anhela una mirada profunda de aquella riqueza infinita propia de lo existente ; esta riqueza es la que exige una labor constante, pues ella sólo se descubre poco a poco gracias a la observación atenta propia del estudioso y a la mirada asombrada y reverente del verdadero universitario.

